Escritores y turismo

VIAJES ERAN LOS DE ANTES

Por Viviana Gorbato

En un siglo en el cual severos y reconocidos pensadores han llegado a calificar al turismo como un "ocio represivo", parece difícil relacionar aquel término con la literatura. En el siglo XIX, sin embargo, la ecuación era natural. Más aún: si bien el turismo como fenómeno masivo y organizado es una creación del siglo XX, fueron, curiosamente, los escritores del siglo XIX los que pusieron de moda los viajes en los cuales el placer se ligaba a una actividad literaria.

Suiza, Venecia, Italia, Grecia, Alemania, la inevitable París, fueron lugares visitados por artistas eminentes de la época, lugares que cada cual, a su modo, glorificó, denostó o elevó a la categoría de mito.

Este suplemento de *Culturas* intenta recuperar algo de aquel gesto inaugural. Luego de una introducción en la cual se despliegan en términos generales las relaciones del turismo con la literatura y con determinados escritores, tres notas se dedican a abordar una idéntica cantidad de temas específicos. *Argentinos en Europa* desarrolla, a partir de las tesis lanzadas por David Viñas en su libro *Literatura argentina y realidad política*, una tipología del viaje, las formas a través de las cuales coterráneos como Juan Bautista Alberdi, Sarmiento, Manuel Belgrano y el más cercano Roberto Arlt se relacionan con la legendaria Europa. *Alejandro Dumas y Juan Bautista Alberdi en Ginebra* pone en escena la lúcida mirada del francés acerca del utilitarismo de los suizos y el tono insólitamente confesional del argentino fascinado por una visita a la casa de Jean-Jacques Rousseau y por un retrato, minuciosamente descripto a su amigo Miguel Cané —carta mediante—, del filósofo francés. Por último, *Escritores en Italia* convoca las plumas (el término es literal) de Lord Byron, Goethe, Sarmiento, Lucio V. Mansilla y José Ingenieros, quienes burilan, con Venecia como referente, un códice de visiones y opiniones tan plural como fascinante de aquel país y de una de las ciudades más frecuentadas por el verso y la prosa.



MEMORIAS DE UN TURISTA

Un lector moderno frente a este título piensa en un señor de anteojos negros y cámara fotográfica al cuello que no contento con tomar diapositivas también se obstina en abrumar a sus contemporáneos con un relato pormenorizado de sus vacaciones en distintos países del mundo. Sin embargo, *Memorias de un turista* es un libro escrito en 1838 y su autor es nada menos que Stendhal, el autor de *Rojo y Negro*. Precisamente, en el volumen mencionado (que es una obra menor dentro de la producción del escritor) se encuentra por primera vez utilizada en francés la palabra "tourisme" (que proviene del inglés, "tour"). Estas impresiones de viajes por diversas partes de Francia fueron escritas con la intención de obtener un éxito editorial en un género que en aquel tiempo estaba en boga. Lo curioso es que el "turista" que protagoniza la excursión no se contenta con recorrer Francia, cruza los Pirineos y recorre España, cosa que el novelista Stendhal jamás había hecho. Un falso, pero ilustre libro de memorias inaugura, entonces, el uso de la palabra "turista" en la lengua francesa.

Las relaciones entre "turismo" y "literatura" van más allá de la simple anécdota del libro de Stendhal. Si bien el turismo como fenómeno de masas es una creación del siglo XX, fueron los escritores del siglo pasado los que pusieron de moda los viajes por placer, por el simple hecho de conocer nuevos lugares. Fueron muchos los que visitaron Suiza, Italia, Grecia o Alemania seducidos por las vividas descripciones de Lord Byron, Musset, George Sand, Chateaubriand o Madame de Staël. El castillo de Voltaire o los parajes donde desarrollaban sus amores los personajes de la *Nueva Eloísa* de Rousseau fueron objeto de devotas peregrinaciones literarias. El mismo Stendhal (que no fue sólo un falso turista como lo atestiguan sus *Paseos por Roma*) dice en *Rojo y Negro* que en París el amor se aprende de las novelas. También los escritores enseñaron a sus lectores no sólo a enamorarse, sino a recorrer nuevos parajes. Así como algunos fanáticos entusiastas tomaron la drástica decisión de suicidarse imitando el ejemplo del joven Werther de Goethe, otros más prudentes decidieron seguir los pasos del escritor alemán que solía recorrer Roma con un plano en la mano buscando reconstruir en las ruinas los esplendores de la antigua ciudad imperial.

Ingleses pioneros

Los primeros en lanzarse a visitar el mundo fueron los turistas ingleses, tal cual aparece en los retratos realizados en España por el dibujante francés Gustavo Doré. Gran parte de esto es mérito de un señor que, curiosamente, no era aficionado ni a la literatura ni a los viajes. El único libro que leía con asiduidad era la Biblia, ya que Thomas Cook era un evangelista convencido que luchaba contra los estragos del alcoholismo. La primera vez que organizó un viaje colectivo, el 5 de octubre de 1844, fue para trasladar a 500 personas acompañadas de una banda de música enarbolando pancartas y banderas... incitando a dejar la bebida. Se trataba de un mitin abstencionista. Pronto, Cook se daría cuenta de que la gente lo que quería era viajar y no dejar de beber. El predicador fracasado se convirtió en el próspero agente de viajes que en la Gran Exposición realizada en Londres en 1851 organizó los convoyes que permitieron a 160.000 visitantes procedentes de todos los rincones de las islas llegar al Támesis. Pronto, los "tours" de la agencia Cook abarcaron Francia, Alemania, Bélgica, Suiza e Italia. También fue la primera en organizar un viaje turístico alrededor del mundo. En su casa natal (un humilde "cottage" en el condado de Derby) se puede leer una inscripción que dice "Thomas Cook, agente de viajes, nació aquí en 1808. Hizo más fácil el viajar por el mundo".

Al mismo tiempo que éste montaba su eficiente empresa, los románticos introducían en la literatura el culto a la naturaleza. Del "locus amoenus" (lugar ameno) de la literatura medieval y renacentista, se pasa a inflamadas descripciones de paisajes reales. La naturaleza deja de ser un telón de fondo como el prado que enmarca la misteriosa sonrisa de La Gioconda de Leonardo da Vinci, para adquirir un rol protagónico en las alegrías y los sufrimientos de los héroes literarios.

Los primeros románticos ingleses fueron llamados los "lakists" (poetas de los lagos) porque vivieron y trabajaron en la pintoresca comarca de Cumberland, en el límite con Escocia, rodeados de bellos lagos y elevadas montañas. Al trío campesino formado por Wordsworth, Coleridge y Southey se sucede una segunda generación de románticos que son también turistas cosmopolitas. El legendario Lord Byron convierte al castillo de Chillon en Suiza en lugar de peregrinaje revolucionario gracias a su poema *El prisionero de Chillon,* sus andanzas por Italia, España y Turquía dan origen a su obra *Childe Harold's Pilgrimage*. Esta especie de guía turística en verso ofrecía la novedad requerida por el tan comentado "mal del siglo", un sentimiento de dolor y desilusión ante la vida que obligaba a inundar de lágrimas viajeras remotas comarcas. Las pasiones helenísticas y los ideales libertarios que condujeron al "divino lord" a Grecia, ampliaron los horizontes turísticos de devotos lectores. Tanto Byron como los poetas ingleses Shelley y Keats tienen en común el haber vivido mucho tiempo en Italia y el haber muerto jóvenes (los tres fallecieron mucho antes de cumplir los cuarenta años). El recorrer el mundo y la muerte en la plenitud de la vida se convirtió gracias a ellos en un ideal literario.

Goethe viajero

Verdadero precursor del turismo en el sentido moderno del término fue el poeta alemán Goethe que en 1786 realiza un viaje a Italia, que en su vida y en su obra tienen el efecto de un renacimiento espiritual. *"Oh, qué alegre me siento en Roma cuando recuerdo los tiempos que allá en el norte me envolvía el día nebuloso, turbio y plúmbeo el cielo, descendía sobre mi cabeza, sin colores ni contornos del mundo envolvía el cansancio y yo recogido en mí mismo escrutaba la oscura vida del espíritu, me hundía en calladas meditaciones. Ahora un vivo esplendor del éter ilumina mi frente, Febo, el dios crea formas y colores. Opulenta de luceros se tachona la noche y resuena de dulces cantos; para mí fulge la luna más clara que el día del norte"*, así canta su deslumbramiento en la *Elegías romanas,* poemas que inflamaban la imaginación de su amigo Schiller, quien se encargaba de publicarlos en revistas literarias alemanas de la época. La confrontación entre realidad y fantasía fue, sin embargo, fatal para otro amigo suyo Johan Herder, el creador del célebre movimiento "Sturm und Drang". Este "pensador del sentimiento" (como era llamado por su contemporáneos) realizó con entusiasmo un viaje a Italia en 1788, pero apenas estuvo en Roma sintió irresistibles deseos de volver a su hogar. La ciudad eterna le parecía una "tumba", un "matadero".

Una dama andariega que pasó su existencia recorriendo países tratando de escapar de la enemistad de Napoleón inaugura en Francia de la pasión cosmopolita. La rebelde Madame de Staël induce a sus compatriotas a penetrar en los misterios y la lúgubre tristeza del Rin en Alemania. Su novela *Corina* se convirtió en un libro de consulta indispensable para los que querían recorrer Italia.

Un siglo antes que Charles Aznavour cantara "Venecia sin ti", las góndolas lloraban con el sufrimiento de dos célebres enamorados: George Sand y Alfred Musset, quienes dieron a la ciudad italiana su status de capital de la melancolía amorosa. Así como Brigitte Bardot puso de moda Saint Tropez, el romance de George Sand con el músico Chopin contribuyó a la gloria de Palma de Mallorca. La sagacidad psicológica de Stendhal, el genio cristiano de Chateaubriand, el exotismo de Mérimée (el autor de *Carmen*) o la serenidad científica de Taine guiaron también los pasos de numerosos viajeros.

Cuando el siglo pasó del llanto romántico a la euforia positivista, se abandonaron las lágrimas, pero no las ansias de viajar. Los modernos turistas norteamericanos con sus sacos a cuadros y sus tarjetas American Express cumplen sin saberlo con un rito ordenado por uno de sus más importantes escritores. *"Somos los desheredados del arte, estamos condenados a la imperfección... La opresión de un ambiente sin atractivo, todo esto carece de cuanto puede nutrir, excitar o inspirar a un artista. Deberíamos vivir en un perpetuo destierro".* Así incitaba Henry James a sus compatriotas a convertirse en abanderados del cosmopolitismo y el turismo internacional.





ARGE
EN EU

Es muy difícil que un libro como *Me-*
morias de un turista de Stendhal s
hubiera escrito en 1838 en el Río d
la Plata. El viaje estético, por el pur
placer de conocer otras comarcas, surge ta
díamente. Las enormes distancias, primero
y luego la situación política (el viaje com
exilio) generaron otras motivaciones. En *L*
teratura argentina y realidad política, Davi
Viñas desarrolla una interesante tipología d
los diferentes viajes realizados por los argen
tinos a Europa en el siglo pasado. Cab
representante del "viaje colonial", e
Belgrano quien ve en su estadía en Europ
una posibilidad de aprendizaje de conoc
mientos que luego aplicaría en su patria. "S
yo hubiera venido en busca de placeres", se la
mentaría años después Alberdi, quien visit
Europa en 1843. Según Viñas, en el autor de la
Bases se prolongan e intensifican las motiva
ciones utilitarias de Belgrano. El viejo cont
nente se presenta como una especie de min
de oro que hay que escarbar y usufructuar
Con aplicación, Alberdi se apasiona por la
estadísticas que "es una forma de visualiza
rápidamente su aprendizaje y sentir su dom
nio sobre Europa: de esa manera Europa s
empequeñece y domestica; es decir la sient
más útil aún".

A partir de lo esencial del viaje utilitario d
los argentinos que van a Europa a mediado
del siglo XIX se da, siempre según Viñas, l
réplica a los viajeros ingleses que en esos mis
mos años consignan en largas enumera
ciones los datos de nuestro país con fines uti
litarios y precisos. En 1843, el viaje europe
de Alberdi es la contraparte del de Mackin
non en 1848 o el de Mac Cann en el '53.

Por eso, resulta sumamente interesant
una carta que Alberdi escribe a su amigo Mi
guel Cané desde Ginebra en julio de 184
(documento incluido en sus *Escritos póstu*
mos del que se presentan algunos fragmen
tos en este suplemento de **Página/12**). All
deja de lado su tono de jurisconsulto y s
permite recorrer románticamente los paraje
descriptos por Rousseau en la *Nueva Eloísa*
Abundan las descripciones elegíacas de l
naturaleza y las reflexiones melancólicas
También las lágrimas de añoranza por un
adolescencia lejana y hasta llega a confesa
delante de un retrato de Rousseau joven qu
si hubiera sido mujer se hubiera enamorad
de él. Allí la actitud de Alberdi no difiere de
masiado de la de los turistas sentimentales y
literarios que venían de otras regiones d
Europa a gozar de la belleza de Ginebra.

La contradicción entre el deber y el placer
adopta en Sarmiento una forma peculiar.
Esta escisión, según Viñas, se marcará sutil-
mente en la decisión de realizar dos libros.
Uno dedicado a la pedagogía y otro coti-
diano y divertido en forma de cartas para un
grupo de amigos. El ímpetu del ritmo acele-
rador de su viaje europeo lo convierte en un

MEMORIAS DE UN TURISTA

Un lector moderno frente a este título piensa en un señor de anteojos negros y cámara fotográfica al cuello que no contento con tomar diapositivas también se obstina en abrumar a sus contemporáneos con un relato pormenorizado de sus vacaciones en distintos países del mundo. Sin embargo, *Memorias de un turista* es un libro escrito en 1838 y su autor es nada menos que Stendhal, el autor de *Rojo y Negro*. Precisamente, en el volumen mencionado (que es una obra menor dentro de la producción del escritor) se encuentra por primera vez utilizada en francés la palabra ''tourisme'' (que proviene del inglés, ''tour''). Estas impresiones de viajes por diversas partes de Francia fueron escritas con la intención de obtener un éxito editorial en un género que en aquel tiempo estaba en boga. Lo curioso es que el ''turista'' que protagoniza la excursión no se contenta con recorrer Francia, cruza los Pirineos y recorre España, cosa que el novelista Stendhal jamás había hecho. Un falso, pero ilustre libro de memorias inaugura, entonces, el uso de la palabra ''turista'' en la lengua francesa.

Las relaciones entre ''turismo'' y ''literatura'' van más allá de la simple anécdota del libro de Stendhal. Si bien el turismo como fenómeno de masas es una creación del siglo XX, fueron los escritores del siglo pasado los que pusieron de moda los viajes por placer, por el simple hecho de conocer nuevos lugares. Fueron muchos los que visitaron Suiza, Italia, Grecia o Alemania seducidos por las vividas descripciones de Lord Byron, Musset, George Sand, Chateaubriand o Madame de Staël. El castillo de Voltaire o los parajes donde desarrollaban sus amores los personajes de la *Nueva Eloísa* de Rousseau fueron objeto de devotas peregrinaciones literarias. El mismo Stendhal (que no fue sólo un falso turista como lo atestiguan sus *Paseos por Roma*) dice en *Rojo y Negro* que en París el amor se aprende de las novelas. También los escritores enseñaron a sus lectores no sólo a enamorarse, sino a recorrer nuevos parajes. Así como algunos fanáticos entusiastas tomaron la drástica decisión de suicidarse imitando el ejemplo del joven Werther de Goethe, otros más prudentes decidieron seguir los pasos del escritor alemán que solía recorrer Roma con un plano en la mano buscando reconstruir en las ruinas los esplendores de la antigua ciudad imperial.

Ingleses pioneros

Los primeros en lanzarse a visitar el mundo fueron los turistas ingleses, tal cual aparece en los retratos realizados en España por el dibujante francés Gustavo Doré. Gran parte de esto es mérito de un señor que, curiosamente, no era aficionado ni a la literatura ni a los viajes. El único libro que leía con asiduidad era la Biblia, ya que Thomas Cook era un evangelista convencido que luchaba contra los estragos del alcoholismo. La primera vez que organizó un viaje colectivo, el 5 de octubre de 1844, fue para trasladar a 500 personas acompañadas de una banda de música enarbolando pancartas y banderas... incitando a dejar la bebida. Se trataba de un mitin abstencionista. Pronto, Cook se daría cuenta de que la gente lo que quería era viajar y no dejar de beber. El predicador fracasado se convirtió en el próspero agente de viajes que en la Gran Exposición realizada en Londres en 1851 organizó los convoyes que permitieron a 160.000 visitantes procedentes de todos los rincones de las islas llegar al Támesis. Pronto, los ''tours'' de la agencia Cook abarcaron Francia, Alemania, Bélgica, Suiza e Italia. También fue la primera en organizar un viaje turístico alrededor del mundo. En su casa natal (un humilde ''cottage'' en el condado de Derby) se puede leer una inscripción que dice ''Thomas Cook, agente de viajes, nació aquí en 1808. Hizo más fácil el viajar por el mundo''.

Al mismo tiempo que éste montaba su eficiente empresa, los románticos introducían en la literatura el culto a la naturaleza. Del ''locus amoenus''(lugar ameno) de la literatura medieval y renacentista, se pasa a inflamadas descripciones de paisajes reales. La naturaleza deja de ser un telón de fondo como el prado que enmarca la misteriosa sonrisa de La Gioconda de Leonardo da Vinci, para adquirir un rol protagónico en las alegrías y los sufrimientos de los héroes literarios.

Los primeros románticos ingleses fueron llamados los ''lakists'' (poetas de los lagos) porque vivieron y trabajaron en la pintoresca comarca de Cumberland, en el límite con Escocia, rodeados de bellos lagos y elevadas montañas. Al trío campesino formado por Wordsworth, Coleridge y Southey se sucede una segunda generación de románticos que son también turistas cosmopolitas. El legendario Lord Byron convierte el castillo de Chillon en Suiza en lugar de peregrinaje revolucionario gracias a su poema *El prisionero de Chillon,* sus andanzas por Italia, España y Turquía dan origen a su obra *Childe Harold's Pilgrimage*. Esta especie de guía turística en verso ofrecía la novedad requerida por el tan comentado ''mal del siglo'', un sentimiento de dolor y desilusión ante la vida que obligaba a inundar de lágrimas viajeras remotas comarcas. Las pasiones helenísticas y los ideales libertarios que condujeron al ''divino lord'' a Grecia, ampliaron los horizontes turísticos de devotos lectores. Tanto Byron como los poetas ingleses Shelley y Keats tienen en común el haber vivido mucho tiempo en Italia y el haber muerto jóvenes (los tres fallecieron mucho antes de cumplir los cuarenta años). El recorrer el mundo y la muerte en la plenitud de la vida se convirtió gracias a ellos en un ideal literario.

Goethe viajero

Verdadero precursor del turismo en el sentido moderno del término fue el poeta alemán Goethe que en 1786 realiza un viaje a Italia, que en su vida y en su obra tienen el efecto de un renacimiento espiritual. *''Oh, qué alegre me siento en Roma cuando recuerdo los tiempos que allá en el norte me envolvía el día nebuloso, turbio y plúmbeo el cielo, descendía sobre mi cabeza, sin colores ni contornos del mundo envolvía el cansancio y yo recogido en mí mismo escrutaba la oscura vida del espíritu, me hundía en calladas meditaciones. Ahora un vivo esplendor del éter ilumina mi frente, Febo, el dios crea formas y colores. Opulenta de luceros se tachona la noche y resuena de dulces cantos; para mí fulge la luna más clara que el día del norte''*, así canta su deslumbramiento en la *Elegías romanas,* poemas que inflamaban la imaginación de su amigo Schiller, quien se encargaba de publicarlos en revistas literarias alemanas de la época. La confrontación entre realidad y fantasía fue, sin embargo, fatal para otro amigo suyo Johan Herder, el creador del célebre movimiento ''Sturm und Drang''. Este ''pensador del sentimiento'' (como era llamado por su contemporáneos) realizó con entusiasmo un viaje a Italia en 1788, pero apenas estuvo en Roma sintió irresistibles deseos de volver a su hogar. La ciudad eterna le parecía una ''tumba'', un ''matadero''.

Una dama andariega que pasó su existencia recorriendo países tratando de escapar de la enemistad de Napoleón inaugura en Francia de la pasión cosmopolita. La rebelde Madame de Staël induce a sus compatriotas a penetrar en los misterios y la lúgubre tristeza del Rin en Alemania. Su novela *Corina* se convirtió en un libro de consulta indispensable para los que querían recorrer Italia.

Un siglo antes que Charles Aznavour cantara ''Venecia sin ti'', las góndolas lloraban con el sufrimiento de dos célebres enamorados: George Sand y Alfred Musset, quienes dieron a la ciudad italiana su status de capital de la melancolía amorosa. Así como Brigitte Bardot puso de moda Saint Tropez, el romance de George Sand con el músico Chopin contribuyó a la gloria de Palma de Mallorca. La sagacidad psicológica de Stendhal, el genio cristiano de Chateaubriand, el exotismo de Mérimée (el autor de *Carmen*) o la serenidad científica de Taine guiaron también los pasos de numerosos viajeros.

Cuando el siglo pasó del llanto romántico a la euforia positivista, se abandonaron las lágrimas, pero no las ansias de viajar. Los modernos turistas norteamericanos con sus sacos a cuadros y sus tarjetas American Express cumplen sin saberlo con un rito ordenado por uno de sus más importantes escritores. *''Somos los desheredados del arte, estamos condenados a la imperfección... La opresión de un ambiente sin atractivo, todo esto carece de cuanto puede nutrir, excitar o inspirar a un artista. Deberíamos vivir en un perpetuo destierro''.* Así incitaba Henry James a sus compatriotas a convertirse en abanderados del cosmopolitismo y el turismo internacional.





ARGENTINOS EN EUROPA

Es muy difícil que un libro como *Memorias de un turista* de Stendhal se hubiera escrito en 1838 en el Río de la Plata. El viaje estético, por el puro placer de conocer otras comarcas, surge tardíamente. Las enormes distancias, primero, y luego la situación política (el viaje como exilio) generaron otras motivaciones. En *Literatura argentina y realidad política*, David Viñas desarrolla una interesante tipología de los diferentes viajes realizados por los argentinos a Europa en el siglo pasado. Cabal representante del ''viaje colonial'', es Belgrano quien ve en su estadía en Europa una posibilidad de aprendizaje de conocimientos que luego aplicaría en su patria. ''Si yo hubiera venido en busca de placeres'', se lamentaría años después Alberdi, quien visita Europa en 1843. Según Viñas, en el autor de las *Bases* se prolongan e intensifican las motivaciones utilitarias de Belgrano. El viejo continente se presenta como una especie de mina de oro que hay que escarbar y usufructuar. Con aplicación, Alberdi se apasiona por las estadísticas que ''es una forma de visualizar rápidamente su aprendizaje y sentir su dominio sobre Europa: de esa manera Europa se empequeñece y domestica; es decir la siente más útil aún''.

A partir de lo esencial del viaje utilitario de los argentinos que van a Europa a mediados del siglo XIX se da, siempre según Viñas, la réplica a los viajeros ingleses que en esos mismos años consignan en largas enumeraciones los datos de nuestro país con fines utilitarios y precisos. En 1843, el viaje europeo de Alberdi es la contraparte del de Mackinnon en 1848 o el de Mac Cann en el '53.

Por eso, resulta sumamente interesante una carta que Alberdi escribe a su amigo Miguel Cané desde Ginebra en julio de 1843 (documento incluido en sus *Escritos póstumos* del que se presentan algunos fragmentos en este suplemento de **Página/12**). Allí deja de lado su tono de jurisconsulto y se permite recorrer románticamente los parajes descriptos por Rousseau en la *Nueva Eloísa*. Abundan las descripciones elegíacas de la naturaleza y las reflexiones melancólicas. También las lágrimas de añoranza por una adolescencia lejana y hasta llega a confesar delante de un retrato de Rousseau joven que si hubiera sido mujer se hubiera enamorado de él. Allí la actitud de Alberdi no difiere demasiado de la de los turistas sentimentales y literarios que venían de otras regiones de Europa a gozar de la belleza de Ginebra.

La contradicción entre el deber y el placer adopta en Sarmiento una forma peculiar. Esta escisión, según Viñas, se marcará sutilmente en la decisión de realizar dos libros. Uno dedicado a la pedagogía y otro cotidiano y divertido en forma de cartas para un grupo de amigos. El ímpetu del ritmo acelerador de su viaje europeo lo convierte en un viajero ávido y glotón, una actitud balzaciana que todo lo quiere devorar rápidamente. El ''pedante domine'', como lo llamaba Gutiérrez, quiere ''ver, tocar, comer, adquirir, ser el preferido, llegar primero, imponerse, ganar''. ''Je flâne, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París'', dice un Sarmiento que no vacila en comunicar vehemente y sinceramente sus emociones, como se puede observar en sus impresiones de Venecia, reproducidas fragmentariamente en este suplemento de **Página/12.**

Impresiones

El precursor del ''viaje estético'' en la década del 50 es Mansilla, quien con sus gustos y modales de dandy inaugura una larga tradición que se inicia con los gentlemen de la década del 80, se continúa con los opulentos viajeros de la belle époque en este siglo y que tiene su versión de clase media en los famosos turistas del ''dame dos'' en la época de la plata dulce. ''Mansilla contempla mujeres, calles, yeguas, oportos y ruidos, acentuando lo inmediato. Cané, Santiago de Estrada y los que siguen irán desplazando el énfasis hacia los museos, la historia, los matices y los detalles exquisitos e inciertos hasta que el pasado, en lugar de protegerlos los penetre y los defina; será el viaje de consumición espiritualizada: en lugar de gastar en el restorán, el teatro o el prostíbulo preferirán el museo'', opina Viñas.

A principios de este siglo, José Ingenieros realiza también una visita a Europa y sus *Crónicas de viaje* son interesantes porque de alguna manera cuestiona críticamente toda una tradición literaria-turística muy arraigada en el siglo anterior (ver fragmento sobre Venecia incluido en este suplemento).

Los argentinos se iniciaron tarde en el siglo pasado en el viaje estético, pero después se entregaron a sus placeres sin ningún tipo de límites. Así lo demuestra una aguafuerte de Roberto Arlt publicada en la década del 30. ''No recuerdo con exactitud si Rudyard Kipling o Mark Twain dicen que no hay inglés que se haga un viaje a las colonias y no se crea obligado a su regreso, a publicar un libro de memorias y aventuras con los cuales aburre a sus amistades y a su familia. Con los argentinos que van al extranjero sucede algo más grave. Y es que en vez de escribir un libro. que con toda seguridad no leería nadie, publican sus impresiones de viaje en los periódicos abiertos a todas esas burradas internacionales. Y después se quejan de que se les tome el pelo en el extranjero, y les miren con curiosidad para descubrirles el taparrabos de plumas. Si lo menos que se merecerían es que los fusilaran por el delito de solemne tontería''.

(Dos amantes, George Sand y Alfred de Musset, convirtieron a Venecia en capital de la melancolía amorosa. Ya Lord Byron se había lamentado de su triste destino de ciudad siempre en peligro de perecer arrasada por las aguas. Sin embargo, no todas las descripciones de viajeros ilustres concuerdan con el estereotipo romántico. En sus *Viajes por Italia*, Goethe alterna su deslumbramiento estético con observaciones críticas acerca de la falta de aseo de la ciudad. El argentino Domingo Faustino Sarmiento no se deja cautivar por los tesoros artísticos y dice que en ella lo único que está vivo es la Inquisición. En cambio, Lucio V. Mansilla se deja fascinar por el canto de los gondoleros y la belleza de sus mujeres. Finalmente, José Ingenieros, a principios de este siglo, cuestiona el mito literario creado en torno de esta ciudad a la que compara con una señora muerta.)

ESCRITORES POR ITALIA

¡Oh, Venecia! ¡Venecia! cuando tus
[murallas de mármol
se hayan hundido en el abismo de las aguas
las naciones harán oír un grito doloroso
sobre las ruinas de tus palacios.

(Lord Byron)

Venecia, 1° de octubre de 1786

Seguí estudiando la ciudad desde muchos puntos de vista y como hoy era domingo me chocó el ningún aseo de las calles, donde hacía mis observaciones. Los vecinos arrojan las basuras en los rincones y vi, al mismo tiempo, barcas grandes que iban de una parte a otra parándose en muchos sitios y llevándoselas: son gentes de las islas vecinas que necesitan abono, pero en estas disposiciones no hay exactitud ni rigor, y lo sucio del pueblo es tanto más imperdonable cuanto Venecia ha sido dispuesta para la limpieza como cualquier ciudad holandesa. Disposiciones arquitectónicas del bien pensado plan primitivo demuestran la intención que tuvieron los excelentes alarifes de hacer de Venecia la ciudad más limpia. No he podido prescindir en mis paseos de proyectar un reglamento urbano, adelantándome a un jefe de policía que tomara la cosa en serio. Siempre tiene uno inclinación a barrer las delanteras de puertas ajenas.

(Goethe, *Viajes por Italia*)



¡Venecia! ¡Pobre esqueleto de repúblicas! Tus lagos, centro en otro tiempo del comercio del mundo, infestan hoy con su aliento nauseabundo; los palacios de tus nobles sirven de posada para el extranjero, como las ruinas de los templos de Egipto de aprisco a los ganados. Tus maravillas están aún en pie como cadáveres petrificados. La tristeza de Venecia no excita a la melancolía; es una opresión que abruma al corazón: la atmósfera húmeda pesa sobre los pulmones y quisiera a cada momento escaparse el viajero para irse a respirar a otra parte.

La góndolas cubiertas de un manto de bayeta negra, de ordinario descolorida, añaden nuevas tristezas por sus formas funerales a este cuadro y el uso de esconderse los transeúntes bajo sus cortinas, parece calculado para disimular la vida como un oprobio o un delito en aquella extraña ciudad donde no se ven ni caballos, ni bueyes ni perros.

Todo ha muerto en Venecia, menos la policía inquisitorial. En Florencia nos había sorprendido el grito de la República Francesa que daba señales de vida con la aparición del primer tomo de los *Girondinos* que acababa de publicar Lamartine, el primero de la *República* de Michelet, el otro de Louis Blanc. Yo había comprado una obra de Gioberti. Un veneciano hubo de ver lo que leía y con muestras de pavor indecibles, me decía: ''Usted va derecho a una cárcel: hace seis meses que Marucini está incomunicado por habérsele encontrado ese libro''. Dispusimos arrojar los libros a las lagunas; pero el miedo nos inspiró y los libros fueron salvados. En Italia el viajero lleva siempre la Guía en las manos. Tomando cada uno de nosotros debajo del brazo un volumen de los prohibidos, nos presentamos impávidamente en el resguardo por el registro de los equipajes. Andábamos los tres juntos, listos para pasarnos de uno a otro el libro y gracias a este ardid, Gioberti, Lamartine, Michelet y Louis Blanc hicieron su entrada triunfal en Venecia.

(Sarmiento, *Viajes por España e Italia*)

Seguir una mujer en Venecia... Y en el momento y a la edad que yo lo hacía. Ah.

Ustedes no tienen idea de semejante encanto a no ser que hayan tenido la fortuna de andar por allá.

Venecia no es una ciudad. Venecia es una idealidad, un sueño.

Cuando después de haber oído hablar mucho de Venecia se encuentra uno allí, duda de si aquello es o no una realidad. Y sólo se persuade de que está pisando un pedazo de tierra de este mundo y no aspirando el ambiente de una creación de *Las mil y una noches* cuando tiene que pagar su tributo al cuarto de hora de Rabelais. Porque en Venecia, como en todas partes, no hay hoteles que lo alojen a uno en balde ni gente que le preste a uno sus favores, gratis et amore.

Yo tengo que darle una idea, la que no ha estado en Venecia de cómo es Venecia. Tengo que pensar que la mayor parte de los jujeños y catamarqueños apenas si tienen la idea de lo que es la Boca del Riachuelo y como éstos son la inmensa mayoría del país donde vivo y me aburro, sería un colmo de petulancia literaria que me pusiera a hacer una descripción de Venecia para nuestros prójimos del otro hemisferio, del otro mundo.

Decididamente hay seres que tienen una providencia aparte. Pero es como Venecia, que uno no comprende que pueda resistir a la zapa constante y permanente del agua, de la cual para ponderar su acción destructora, se ha dicho: una gota de agua agujerea una peña.

A esa peña impermeable llegué yo, en una noche del mes de junio, después de haber cruzado en ferrocarril un puente interminable y llegué a una estación en la que supuse que de allí me iría al hotel a pie, a caballo, en litera, en ómnibus, en silla de manos o en coche. Nada de eso.

¿Saben ustedes en qué me llevaron?
Me llevaron al hotel embarcado.
¿Y en qué clase de barco?
En góndola, que es un barco sui generis.

¿Han soñado ustedes alguna vez con un viaje que difícilmente se realiza, porque es un viaje con una mujer que no nos pertenece, de la que su propietario no quiere deshacerse y que ella, sin dejar de ser bastante loca es suficientemente cuerda para no abandonarlo al otro?

Ese viaje, una vez realizado, será un viaje prosaico si no tiene este epílogo: oír cantar en góndola, en uno de los canales de Venecia, las barcarolas de aquellos seres felices; felices sí, porque no tienen absolutamente idea de que haya en el mundo felicidad posible fuera de Venecia.

(Lucio V. Mansilla, *Entre nos*)

''Nuestra señora de los mares muertos'' es su bautismo en Arte, confesemos también que es una gran señora muerta.

Viajeros de diversa laya, políticos en decadencia, melenudos pintores, poetastros bohemios, inglesas rectilíneas como fósforos de palo, todos se aguan la boca al conversar de Venecia como si paladearan confituras agridulces. Nueve décimos de ellos se han aburrido, sin embargo. Temen confesarlo: atribuyen el aburrimiento a su propia falta de sentimentalismo. Otros para que no se les juzgue necios o tontos, repiten que en Venecia todo es maravilla...

Venecia tiene prodigios de extraordinario encanto, pero es, en su totalidad, una ciudad llena de tristeza y de tedio.

La modesta góndola actual es una canoa vulgar desprovista de poesía, que desliza furtivamente su negrura de ataúd sobre el agua espesa. El gondolero no canta; los turistas embusteros deberían saber que ya no cantaba cuando lo conoció Lord Byron. En Venecia, ya se apagaron los ecos de Tasso, el gondolero no canta más, rema silencioso.

Sobre las cosas nocturnas gravita un silencio de fatiga, de apatía, poco propicio a los romanticismos melancólicos.

Los románticos a pesar de su entusiasmo nos dijeron ha tiempo que Venecia estaba silenciosa y mustia en la melancolía de su libertad perdida y en la nostalgia de su grandeza caduca.

Tiene su plaza única, su canal feérico, sus canales de pintura y otras contadas maravillas, todo eso engarzado en una montura de suciedad y aburrimiento. Lo primero encantó a Goethe y Stendhal, a Taine y a Nietzsche; los que llegan a Venecia sugestionados encuentran que en ella todo es hermoso.

Es posible que su quietud moderna agrade a los neurasténicos y a las histéricas que viven en perpetua crisis de romanticismo, pero no es la quietud de la verdadera ciudad muerta, la incomparable quietud de Brujas, evocadoramente bella, profundamente llena de emociones y de remembranzas; en Venecia están muertas las cosas magníficas, pero vive entre ellas una población burguesa con los inconvenientes y sin las ventajas de la civilización moderna.

El viajero sano se encanta el primer día, se entretiene el segundo y se aburre el tercero. El cuarto día huye.

(José Ingenieros, *Crónicas de viaje*,1906)



...TTINOS ...ROPA

viajero ávido y glotón, una actitud balzaciana que todo lo quiere devorar rápidamente. El "pedante domine", como lo llamaba Gutiérrez, quiere "ver, tocar, comer, adquirir, ser el preferido, llegar primero, imponerse, ganar". "Je flâne, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París", dice un Sarmiento que no vacila en comunicar vehemente y sinceramente sus emociones, como se puede observar en sus impresiones de Venecia, reproducidas fragmentariamente en este suplemento de **Página/12.**

Impresiones

El precursor del "viaje estético" en la década del 50 es Mansilla, quien con sus gustos y modales de dandy inaugura una larga tradición que se inicia con los gentlemen de la década del 80, se continúa con los opulentos viajeros de la belle époque en este siglo y que tiene su versión de clase media en los famosos turistas del "dame dos" en la época de la plata dulce. "Mansilla contempla mujeres, calles, yeguas, oportos y ruidos, acentuando lo inmediato. Cané, Santiago de Estrada y los que siguen irán desplazando el énfasis hacia los museos, la historia, los matices y los detalles exquisitos e inciertos hasta que el pasado, en lugar de protegerlos los penetre y los defina; será el viaje de consumición espiritualizada: en lugar de gastar en el restorán, el teatro o el prostíbulo preferirán el museo", opina Viñas.

A principios de este siglo, José Ingenieros realiza también una visita a Europa y sus *Crónicas de viaje* son interesantes porque de alguna manera cuestiona críticamente toda una tradición literaria-turística muy arraigada en el siglo anterior (ver fragmento sobre Venecia incluido en este suplemento).

Los argentinos se iniciaron tarde en el siglo pasado en el viaje estético, pero después se entregaron a sus placeres sin ningún tipo de límites. Así lo demuestra una aguafuerte de Roberto Arlt publicada en la década del 30. "No recuerdo con exactitud si Rudyard Kipling o Mark Twain dicen que no hay inglés que se haga un viaje a las colonias y no se crea obligado a su regreso, a publicar un libro de memorias y aventuras con los cuales aburre a sus amistades y a su familia. Con los argentinos que van al extranjero sucede algo más grave. Y es que en vez de escribir un libro. que con toda seguridad no leería nadie, publican sus impresiones de viaje en los periódicos abiertos a todas esas burradas internacionales. Y después se quejan de que se les tome el pelo en el extranjero, y les miren con curiosidad para descubrirles el taparrabos de plumas. Si lo menos que se merecerían es que los fusilaran por el delito de solemne tontería".

(Dos amantes, George Sand y Alfred de Musset, convirtieron a Venecia en capital de la melancolía amorosa. Ya Lord Byron se había lamentado de su triste destino de ciudad siempre en peligro de perecer arrasada por las aguas. Sin embargo, no todas las descripciones de viajeros ilustres concuerdan con el estereotipo romántico. En sus *Viajes por Italia*, Goethe alterna su deslumbramiento estético con observaciones críticas acerca de la falta de aseo de la ciudad. El argentino Domingo Faustino Sarmiento no se deja cautivar por los tesoros artísticos y dice que en ella lo único que está vivo es la Inquisición. En cambio, Lucio V. Mansilla se deja fascinar por el canto de los gondoleros y la belleza de sus mujeres. Finalmente, José Ingenieros, a principios de este siglo, cuestiona el mito literario creado en torno de esta ciudad a la que compara con una señora muerta.)

¡Oh, Venecia! ¡Venecia! cuando tus
[murallas de mármol
se hayan hundido en el abismo de las aguas
las naciones harán oír un grito doloroso
sobre las ruinas de tus palacios.

(Lord Byron)

Venecia, 1º de octubre de 1786

Seguí estudiando la ciudad desde muchos puntos de vista y como hoy era domingo me chocó el ningún aseo de las calles, donde hacía mis observaciones. Los vecinos arrojan las basuras en los rincones y vi, al mismo tiempo, barcas grandes que iban de una parte a otra parándose en muchos sitios y llevándoselas: son gentes de las islas vecinas que necesitan abono, pero en estas disposiciones no hay exactitud ni rigor, y lo sucio del pueblo es tanto más imperdonable cuanto Venecia ha sido dispuesta para la limpieza como cualquier ciudad holandesa. Disposiciones arquitectónicas del bien pensado plan primitivo demuestran la intención que tuvieron los excelentes alarifes de hacer de Venecia la ciudad más limpia. No he podido prescindir en mis paseos de proyectar un reglamento urbano, adelantándome a un jefe de policía que tomara la cosa en serio. Siempre tiene uno inclinación a barrer las delanteras de puertas ajenas.

(Goethe, *Viajes por Italia*)



ESCRITORES POR ITALIA

¡Venecia! ¡Pobre esqueleto de repúblicas! Tus lagos, centro en otro tiempo del comercio del mundo, infestan hoy con su aliento nauseabundo; los palacios de tus nobles sirven de posada para el extranjero, como las ruinas de los templos de Egipto de aprisco a los ganados. Tus maravillas están aún en pie como cadáveres petrificados. La tristeza de Venecia no excita a la melancolía; es una opresión que abruma al corazón: la atmósfera húmeda pesa sobre los pulmones y quisiera a cada momento escaparse el viajero para irse a respirar a otra parte.

La góndolas cubiertas de un manto de bayeta negra, de ordinario descolorida, añaden nuevas tristezas por sus formas funerales a este cuadro y el uso de esconderse los transeúntes bajo sus cortinas, parece calculado para disimular la vida como un oprobio o un delito en aquella extraña ciudad donde no se ven ni caballos, ni bueyes ni perros.

Todo ha muerto en Venecia, menos la policía inquisitorial. En Florencia nos había sorprendido el grito de la República Francesa que daba señales de vida con la aparición del primer tomo de los *Girondinos* que acababa de publicar Lamartine, el primero de la *República* de Michelet, el otro de Louis Blanc. Yo había comprado una obra de Gioberti. Un veneciano hubo de ver lo que leía y con muestras de pavor indecibles, me decía: "Usted va derecho a una cárcel: hace seis meses que Marucini está incomunicado por habérsele encontrado ese libro". Dispusimos arrojar los libros a las lagunas; pero el miedo nos inspiró y los libros fueron salvados. En Italia el viajero lleva siempre la Guía en las manos. Tomando cada uno de nosotros debajo del brazo un volumen de los prohibidos, nos presentamos impávidamente en el resguardo por el registro de los equipajes. Andábamos los tres juntos, listos para pasarnos de uno a otro el libro y gracias a este ardid, Gioberti, Lamartine, Michelet y Louis Blanc hicieron su entrada triunfal en Venecia.

(Sarmiento, *Viajes por España e Italia*)

Seguir una mujer en Venecia... Y en el momento y a la edad que yo lo hacía. Ah.

Ustedes no tienen idea de semejante encanto a no ser que hayan tenido la fortuna de andar por allá.

Venecia no es una ciudad. Venecia es una idealidad, un sueño.

Cuando después de haber oído hablar mucho de Venecia se encuentra uno allí, duda de si aquello es o no una realidad. Y sólo se persuade de que está pisando un pedazo de tierra de este mundo y no aspirando el ambiente de una creación de *Las mil y una noches* cuando tiene que pagar su tributo al cuarto de hora de Rabelais. Porque en Venecia, como en todas partes, no hay hoteles que lo alojen a uno en balde ni gente que le preste a uno sus favores, gratis et amore.

Yo tengo que darle una idea, la que no ha estado en Venecia de cómo es Venecia. Tengo que pensar que la mayor parte de los jujeños y catamarqueños apenas si tienen la idea de lo que es la Boca del Riachuelo y como éstos son la inmensa mayoría del país donde vivo y me aburro, sería un colmo de petulancia literaria que me pusiera a hacer una descripción de Venecia para nuestros prójimos del otro hemisferio, del otro mundo.

Decididamente hay seres que tienen una providencia aparte. Pero es como Venecia, que uno no comprende que pueda resistir a la zapa constante y permanente del agua, de la cual para ponderar su acción destructora, se ha dicho: una gota de agua agujerea una peña.

A esa peña impermeable llegué yo, en una noche del mes de junio, después de haber cruzado en ferrocarril un puente interminable y llegué a una estación en la que supuse que de allí me iría al hotel a pie, a caballo, en litera, en ómnibus, en silla de manos o en coche. Nada de eso.

¿Saben ustedes en qué me llevaron?
Me llevaron al hotel embarcado.
¿Y en qué clase de barco?
En góndola, que es un barco sui generis.

¿Han soñado ustedes alguna vez con un viaje que difícilmente se realiza, porque es un viaje con una mujer que no nos pertenece, de la que su propietario no quiere deshacerse y que ella, sin dejar de ser bastante loca es suficientemente cuerda para no abandonarlo al otro?

Ese viaje. una vez realizado, será un viaje prosaico si no tiene este epílogo: oír cantar en góndola, en uno de los canales de Venecia, las barcarolas de aquellos seres felices, felices sí, porque no tienen absolutamente idea de que haya en el mundo felicidad posible fuera de Venecia.

(Lucio V. Mansilla, *Entre nos*)

"Nuestra señora de los mares muertos" es su bautismo en Arte, confesemos también que es una gran señora muerta.

Viajeros de diversa laya, políticos en decadencia, melenudos pintores, poetastros bohemios, inglesas rectilíneas como fósforos de palo, todos se aguan la boca al conversar de Venecia como si paladearan confituras agridulces. Nueve décimos de ellos se han aburrido, sin embargo. Temen confesarlo: atribuyen el aburrimiento a su propia falta de sentimentalismo. Otros para que no se les juzgue necios o tontos, repiten que en Venecia todo es maravilla...

Venecia tiene prodigios de extraordinario encanto, pero es, en su totalidad, una ciudad llena de tristeza y de tedio.

La modesta góndola actual es una canoa vulgar desprovista de poesía, que desliza furtivamente su negrura de ataúd sobre el agua espesa. El gondolero no canta; los turistas embusteros deberían saber que ya no cantaba cuando lo conoció Lord Byron. En Venecia, ya se apagaron los ecos de Tasso, el gondolero no canta más, rema silencioso.

Sobre las cosas nocturnas gravita un silencio de fatiga, de apatía, poco propicio a los romanticismos melancólicos.

Los románticos a pesar de su entusiasmo nos dijeron ha tiempo que Venecia estaba silenciosa y mustia en la melancolía de su libertad perdida y en la nostalgia de su grandeza caduca.

Tiene su plaza única, su canal feérico, sus canales de pintura y otras contadas maravillas, todo eso engarzado en una montura de suciedad y aburrimiento. Lo primero encantó a Goethe y Stendhal, a Taine y a Nietzsche; los que llegan a Venecia sugestionados encuentran que en ella todo es hermoso.

Es posible que su quietud moderna agrade a los neurasténicos y a las histéricas que viven en perpetua crisis de romanticismo, pero no es la quietud de la verdadera ciudad muerta, la incomparable quietud de Brujas, evocadoramente bella, profundamente llena de emociones y de remembranzas; en Venecia están muertas las cosas magníficas, pero vive entre ellas una población burguesa con los inconvenientes y sin las ventajas de la civilización moderna.

El viajero sano se encanta el primer día, se entretiene el segundo y se aburre el tercero. El cuarto día huye.

(José Ingenieros, *Crónicas de viaje*, 1906)



ALEJANDRO DUMAS Y JUAN BAUTISTA ALBERDI EN GINEBRA

(Aquejado de una extraña dolencia, el novelista francés Alejandro Dumas —padre— resuelve realizar un viaje a Suiza. En este texto titulado *Una vuelta por el lago* se revela como un turista perspicaz. La descripción de la naturaleza y los paseos literarios —las moradas de Rousseau, Voltaire y Madame de Staël— están matizados con irónicos comentarios acerca del mercantilismo de los suizos. El recorrido finaliza en la fortaleza de Chillon, lugar que se volvió famoso a raíz del poema de Lord Byron titulado *El prisionero de Chillon*.)

Ginebra es, después de Nápoles, una de las ciudades más felizmente situadas del mundo. Acostada negligentemente como si su cabeza apoyase en el monte Salive, extiende sus pies hacia el lago que cada ola viene a besar, parece que no tiene otra ocupación que la de mirar con amor las mil villas o quintas sembradas en la falda de su nevada montaña. Sin embargo, esta odalisca indolente, esa sultana perezosa en la apariencia es la reina de la industria, es la mercantil Ginebra que cuenta con ochenta y cinco millonarios entre sus veinte mil hijos.

Entre todas las capitales de Suiza, Ginebra representa la aristocracia del dinero: es la ciudad del lujo, de las cadenas de oro, de los relojes, de los carruajes y de los caballos.

Aunque ha sido la cuna de hombres de ciencia y de artes, el comercio es la única ocupación de sus habitantes. Apenas hay alguno que esté al corriente de nuestra literatura moderna; el último dependiente de una casa de comercio creo yo que se creería humillado si se pusiese su importancia en parangón con las de Lamartine y Víctor Hugo, cuyos nombres tal vez no hayan llegado hasta él.

La casa de Juan Jacobo Rousseau está indicada por una lápida de mármol negro colocada en la calle que lleva su nombre, sobre la cual está grabada esta inscripción

Aquí nació J. J. Rousseau el 28 de junio de 1712

Los paseos en la cercanía de Ginebra son deliciosos. Después de visitar la ciudad subimos en una carretela y partimos para Ferney; dos horas después habíamos llegado. La primera cosa que distinguimos antes de entrar en el castillo es una pequeña capilla cuya inscripción es una obra maestra. No se compone más que de tres palabras latinas

DEO EREXIT VOLTAIRE

Tenía por objeto probar al mundo entero que Voltaire y Dios se habían al fin reconciliado. El mundo supo esa noticia con satisfacción, pero siempre sospechó que Voltaire había cedido primero. Atravesamos un jardín, subimos una escalinata de dos o tres escalones y nos encontramos en la antecámara; allí es donde se reúnen antes de entrar en el santuario los peregrinos que vienen a adorar al dios de la irreligión.

Nada hay más prodigioso que el aplomo del conserje encargado de conducir al extranjero. Cada vez que el conserje pronunciaba con un acento peculiar suyo el nombre de Mr. Arouet de Voltaire, a estas palabras sacramentales llevaba la mano a su sombrero y aquellos hombres, que tal vez no hubiesen sido para descubrirse delante de Cristo en el Calvario, imitaban religiosamente ese movimiento de respeto...

Al salir del jardín, nuestro conserje nos llevó a su casa, quería enseñarnos el bastón de Voltaire que conservaba religiosamente después de la muerte del gran hombre y concluyó por ofrecérmelo por un luis. Yo le contesté que era muy caro y que había conocido un suscriptor de la edición de Touquet al cual había cedido otro igual hacía ocho años por veinte francos.

Nos subimos al carruaje y partimos para Coppet y llegamos al castillo de Madame de Staël. Allí no hay conserje hablador, no hay iglesia a Dios, pero sí un hermoso parque donde todo el pueblo puede pasear con libertad y una pobre mujer que vierte lágrimas verdaderas al hablar de su ama y al enseñarnos el cuarto que habitó y donde nada queda de ella... El cuarto ha sido convertido, creo que en un salón, los muebles no sé dónde los han llevado, quizá no habría en todo el castillo un solo ejemplar de la *Delfina*... Habíamos salido de Ferney con una provisión de alegría que parecía debía durarnos ocho días; con las lágrimas en los ojos y el corazón oprimido salimos de Coppet.

Chillon, antigua prisión de los duques de Saboya, es hoy día arsenal del cantón de Vaux, fue edificada en 1230... Bonnivard dijo un día que por la independencia de su país daría su libertad. Transportado a Chillon, encontró una cautividad horrorosa. Sujeto por medio del cuerpo a una cadena, cuyo extremo iba a unirse a un anillo de hierro clavado en un pilar, permaneció durante seis años no teniendo más libertad que la de lo largo de la cadena y sin poderse acostar más que donde ella lo permitía, dándose vueltas siempre como una bestia feroz alrededor de su pilar; atormentado por el pensamiento de que su cautividad no serviría tal vez de nada a la independencia de su país y que Ginebra y él estaban condenados a la esclavitud eterna.

Desde entonces, la prisión del mártir se ha convertido en un templo, el pilar en un altar. Todo el que tiene un corazón noble y ardiente por la libertad, se vuelve de su camino y viene a orar al sitio donde Bonnivard ha sufrido.

Una tarde en 1816, en una de esas hermosas noches que Dios ha hecho sólo para Suiza, una barca avanzaba silenciosamente dejando en pos de sí un rastro brillante por los quebrados rayos de la luna. Un hombre bajó, pálido el rostro, ojos penetrantes, con la frente erguida y despejada, envuelto en una capa que le tapaba los pies; sin embargo se notaba que cojeaba un poco; pidió que le enseñasen el calabozo de Bonnivard, largo tiempo permaneció solo en él y cuando se entró después que él salió del subterráneo, se encontró en el pilar donde había estado encadenado el mártir, un nombre nuevo cuya copia exacta es la siguiente

BYRON

(Alejandro Dumas, *Viajes*)

(Dejando de lado su habitual estilo enumerativo, el argentino Juan Bautista Alberdi, en esta carta enviada a su amigo Miguel Cané le cuenta desde Suiza la emoción que siente al visitar los lugares que Jean Jacques Rousseau describe en su novela la *Nueva Eloísa*.)

Ginebra, 21 de julio de 1843

Una mañana en la primavera de 1829, sentados en el primer banco del aula de latinidad en la Universidad de Buenos Aires, sintiéndonos aburridos, sacaste tú del bolsillo un libro, para ver si nos entretenía más agradablemente que los versos de Virgilio, llorados más bien que leídos por el pobre profesor Guerra. Este libro era la *Julia* de Rousseau: la *Julia* que mantuvo mi alma por más de cuatro años inundada de dulces ilusiones. En aquel día que recuerdo como si hubiese sido ayer ¿habría dicho, mi querido Cané, que llegaría una ocasión que le escribiría desde las orillas del lago de Ginebra donde nació el autor de *Julia* y donde él colocó las inmortales escenas de su romance?

En Ginebra, te escribo para describirte algunos accidentes de comarca donde Byron, Dumas, Hugo y Jorge Sand han venido como yo a llorar en presencia de Vevey, Clarens y de las tristes rocas de Meillerie.

Para hablarte mejor de estos sitios he querido leer de nuevo la *Julia*. He llorado al recorrerle como la primera vez en que la vi... Sus armonías y bellezas despiertan en mi alma el recuerdo de las primeras sensaciones de mi juventud. Todos aquellos dulces tiempos tan felices para nosotros que ya no volverán más.

Antes de entrar en la topografía de la *Nueva Eloísa*, te hablaré de algunos de los recuerdos que Ginebra guarda de J.J. Rousseau.

De la pequeña plaza de Chevelú, situada en la parte de la ciudad de Ginebra que queda a la derecha del Ródano, sale hacia el norte una calle que lleva el nombre de J. J. Rousseau con motivo de estar en ella la casa en que él vio la luz. Un mármol blanco incrustado en la muralla externa contiene esta inscripción

Ici est né Jean Jacques Rousseau

Esta casa que no conserva de la primitiva en que nació Rousseau sino los cimientos, pues ha sido diez veces renovada, goza de este honor, no sin disturbios y querellas, pues la vecina pretende, fundada en el texto de las confesiones del gran hombre, que ella dio albergue al nacimiento de éste, a la sazón que la madre se encontraba allí de visita, cuando la sorprendió el dolor del alumbramiento.

En la Ile de Bargues, especie de jardín aislado, que comunica por medio de un puente con otro de los que cruzan el Ródano hay una estatua de bronce trabajada por Pradier y representa a Rousseau, sentado, con un buril en la mano derecha y un libro en la izquierda. Este sitio ornado de lindos árboles es el paseo de un público distinguido y elegante. Cuán bello era el concierto de los accidentes que acompañaban a la escena de esta tarde. Las aguas del lago azules como el aire hacían aparecer embarcaciones aéreas a las balleneras que giraban alrededor de la isla encantada con elegantes mujeres a su bordo... Hermoseaban las márgenes opuestas del Lago, la pendiente de esmeralda de Cologny en la que aparecía solitaria y bella la casa que habitó Lord Byron. La temperatura del cielo era dulcísima y la libertad de la república se reproducía en el tono sencillo y fácil de aquella reunión que brillaban los compatriotas de la *Nueva Eloísa*. No puedo deshacerme de cierta propensión que me hace ver en cada ginebrina una imagen más o menos remota de Julia...

Entre los establecimientos literarios de Ginebra se cuenta la Sociedad de Lectura fundada por Estevan Dumont. Entrado en la primera de las dos salas de que se compone el local de la sociedad observé a mano derecha un retrato grande, pintado al óleo, era el de Juan Jacobo Rousseau, tomado a la edad de 30 años por La Tur del cual era copia exactísima el presente. Pocos rostros más bellos he visto en mi vida: la facción sobresaliente de su cara, es la boca dotada de una expresión y gracia indecibles; sus extremidades forman dos arcos que Lavatier habría tenido que reconocer el símbolo de un gusto exquisito. La frente es alta, regular y bella, los ojos pequeños, castaños, penetrantes, de expresión dulce y melancólica, en su cara toda hay no sé qué expresión de mezclada alegría y suficiencia, el cabello empolvado y el vestido a la usanza de Luis XVI. Confieso que nacido mujer, difícilmente hubiese podido rehusar mis simpatías a aquel hombre.

(Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos*.)

